sustados y temblorosos, no se atrevían á pronunciar una sola palabra, José se acercò á ellos, les consoló, les abrazó, y les otorgó su amistad, diciéndoles: *Yo soy José vuestro hermano.* ¡Oh Vírgen María! nosotros los pecadores, no solamente hemos cometido faltas, sino que hemos vendido á Jesús tu Hijo para que fuese esclavo, y aun para que le mataran. Hemos atravesado tu corazón con nuestras heridas. Y á pesar de todo esto, tú siempre buena y misericordiosa, haces á un lado nuestra ingratitud y nuestro crímen, y en vez de castigarnos nos incitas á que no nos arrepintamos y nos dices con cariño: "Nada temáis, yo soy María, Madre de Jesús." ¡Oh dulce Reina de los patriarcas y de los profetas! bendita seas y dígnate interceder siempre por nosotros. *Regina patriarcharum, Regina prophetarum, ora pro nobis.*

Amén.

PLATICA TRIGESIMA.

Día veintiocho de mayo.

MARIA, REINA DE LOS APOSTOLES MIENTRAS VIVIO EN LA TIERRA:
REINA DE LOS MISIONEROS QUE DESEMPEÑAN EL PAPEL DE APOSTOLES.

Texto. *Regina apostolorum, ora pro nobis.* Reina de los apóstoles, ruega por nosotros.

Exordio. ¿Sabéis, hermanos míos, á qué santos damos el nombre de apóstoles? A doce compañeros escogidos por Nuestro Señor entre sus discípulos para que en las ciudades y en los pueblos anunciasen la visita que él debía hacerles. De este modo les preparaba para la misión que debían desempeñar más tarde. Por lo tanto, la palabra *Apóstol* significa un hombre mandado especialmente para predicar á los que no conocen la divina doctrina de Nuestro Señor Jesu-

cristo. Debe aplicarse especialmente á san Pedro, á Santiago, á san Juan y en una palabra, á los doce discípulos escogidos por nuestro Señor Jesucristo. Pero también se dá este nombre á los que van á evangelizar á los pueblos salvajes. San Dionisio, que fué el primero que dió á conocer el nombre del Salvador en los terrenos que componen hoy la Francia, se distingue con el nombre de Apóstol de la Galia; y san Francisco Javier, que predicó el Evangelio entre muchos pueblos qué lo desconocían y convirtió muchos reinos, es llamado el Apóstol de las Indias. Os doy estas explicaciones para que comprendáis mejor porqué llamamos á la Vírgen María Reina de los apóstoles.

Proposición y división. No me propongo presentaros ahora á María colocada sobre todos los apóstoles y venerada por ellos como reina. Os hablaré primeramente de la relación que existe entre María y los doce apóstoles durante su permanencia en la tierra, después de la protección que concede María á los que desempeñan el papel de los apóstoles y anuncian el Evangelio de su divino Hijo entre los infieles.

PARTE PRIMERA.

Relación de María con los apóstoles durante su permanencia en la tierra. Todos sabéis el amor que los discípulos escogidos por Jesucristo tenían á su divino Maestro. Viéronle curar á tantos enfermos y hacer tantos milagros; aprendieron de él tantas verdades sublimes, y se mostró con ellos tan bondadoso, tan indulgente para con sus defectos y tan complaciente para intruirles, que no solo le veneraban

como á un rey, sino que le adoraban como á su Dios. ¡Oh Pedro! cuando pronunciaste estas palabras: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo," no eras sino el eco fiel de la fé que vivía en el corazón de tus compañeros. Juzgad, pués, hermanos míos, cuál debía ser el respeto que guardaban á la Vírgen que milagrosamente les había dado el Cristo, el Hijo de Dios.

Pero Jesucristo subió al cielo y la Vírgen permaneció en la tierra durante quince años. Ella será vuestra consejera y vuestro refugio, ¡oh santos apóstoles! Cuando Jesucristo os anunció su partida, vuestras almas se llenaron de tristeza. Pero para consoláros os dijo: "No os dejo huérfanos".....Y esto era verdad, porque os dejaba á su Madre para que os sirviera de consuelo y de apoyo. Efectivamente, hermanos míos, antes de esparcirse por los cuatros vientas del mundo para predicar el Evangelio, todos pedían su bendición á la Madre de Jesús, y todos le suplicaban que bendijera la comisión que se les había confiado. Si se sentían débiles en ciertos momentos, á ella le pedían que les fortaleciera. Santiago el Apóstol de España, solo tenía nueve discípulos después de muchos meses de predicación. El pueblo permanecía sordo á su predicación y no quería oirle. Tiéndele la mano, ¡oh Reina de los apóstoles,! porque contigo nada es imposible. Y efectivamente al salir un día de Zaragoza se le apareció la divina Madre de Jesús que le reanimó cuando se sentía débil y le prometió su protección. Santiago construyó uno de los primeros santuarios consagrados á la Vírgen, y después repartió las vastas provincias de España entre sus discípulos, les envió en nombre de María á predicar el Evange-

lío de Jesús, y pocos años después contaba los convertidos por millares.

Ignórase, hermanos míos, lo que pasó en otras comarcas en que se predicó el Evangelio; pero lo cierto es que todos debieron á los consejos y oraciones de María el buén éxito de su predicación. En cambio, ¡cuán grandes eran el amor y la veneración que consagraban á María! Reunidos milagrosamente viniendo de todos los puntos de Europa, pudieron acompañarla en sus últimos momentos, oir sus últimas palabras y recibir su bendición suprema (1.) Tranquilizáos y no dudeis ya, ¡oh discípulos queridos! María bendecirá desde el cielo vuestros esfuerzos supremos, puesto que su Hijo la nombró vuestra Reina y lo será por toda la eternidad. *Regina apostolorum,* Reina de los apóstoles.

PARTE SEGUNDA.

Os he dicho, hermanos míos, que María es también la Reina de los sucesores de los apóstoles, de esos misioneros celosos que han seguido hasta hoy la obra de los apóstoles. En María depositan toda su confianza, y esperan que ella les hará triunfar en todas sus empresas. San Francisco Javier, el apóstol de las Indias, ponía bajo su protección todos sus esfuerzos. San Vicente Ferrer comenzaba todas sus empresas invocando á María. Y todos los celosos sacerdotes que en nuestros días abandonan su patria para predicar el Evangelio á los pueblos paganos, consagran á María el resultado de sus esfuerzos. En los *Anales de la Propagación de la fe* hallamos todos los días noticias de las conversiones obtenidas por intercesión de la *Reina de los apóstoles.*

(1) Cf. *Surium. Vita Sancti Jacobi.*

Quisiera citaros multitud de ejemplos para probaros que tanto los apóstoles como los misioneros han considerado á María como á su Reina. Uno solo bastará para convenceros. San Leonardo de Puerto Mauricio, á quien san Alfonso María de Ligorio llamaba el gran apóstol, el gran misionero de su siglo, tenía una gran devoción á la Vírgen María. "María, esclamaba, es nuestra reina, es nuestra benefactora. Cuando pienso en las gracias que he obtenido por su intercesión, ¡sabéis á quién me comparo? Dejad que lo declare públicamente en honor de nuestra Soberana Señora; me comparo á uno de esos santuarios en que se venera alguna imágen milagrosa de la Vírgen, cuyas paredes están tapizadas de exvotos al pié de los que se lee: *Por favor de María Santísima*.....En todas las partículas de mi ser me parece que leo estas palabras: *Gracia obtenida por María.* El santo espíritu que me acompaña, el divino ministerio que ejercito y el santo hábito que me cubre, todo me grita: ¡*Por favor de María*!...Todos mis buenos pensamientos, todos mis actos de buena voluntad, todos los buenos sentimientos de mi corazón me dicen: *¡Por favor de María!*...Si pudiérais leer en mí, veríais escritas en toda ella estas palabras: ¡*Por favor de María!* Bendita sea mil veces nuestra generosa benefactora.

¡Con qué entusiasmo predicaba las grandezas de María, hermanos míos! ¡Con qué fervor recomendaba á los que le escuchaban que fueran siempre devotos de nuestra amada Reina! Numerosas fueron las conversiones que obtuvo, y todas las atribuía á la

Reina de los apóstoles. Lo que no consiguen el temor del infierno y del juicio, decía, lo consigo yo hablando de nuestra Madre María. Pues bien, hermanos míos, los sentimientos que animaban á este grande hombre son los que animan al que es verdaderamente apostólico; todos los que lo son saludan á la Vírgen como á su Reina: *Regina apostolorum,* Reina de los apóstoles.

Conclusión. Un gran santo que nació y vivió en Francia, donde convirtió á millares de personas y á quien llaman el apóstol de lás Cevenas, es san Francisco Regis. Lo mismo que los apóstoles y los santos misioneros, era tiernamente devoto de la Santísima Vírgen. En sus últimos momentos se le apareció la Vírgen santísima. Tendido estaba en su mal jergón y los que le rodeaban le decían llorosos: "Padre, se acerca vuestra hora, y aunque sois muy jóven, debéis ofrecer vuestra vida á Dios:"—Contento estoy, contestaba, porque voy á ver á Jesús y á María que se dignan venir á mi encuentro. "Y cruzándose de brazos esclamó:" ¡Oh Jesús mi Salvador, os recomiendo mi alma que pongo en vuestras manos." Y expiró. Jesús y María se le aparecieron. María, *Reina de los opóstoles,* le cobijó bajo su manto y no podía abandonarle á la hora de la muerte. ¡Oh Reina de los apóstoles, ojalá podamos un día gozar la dicha inefable de ser consolados,sostenidos y fortalecidos por vos en nuestra última hora. Te lo pedimos con todo el corazón. Dígnate concedérnoslo. *Regina apostolorum, ora pro nobis..* Reina de los apóstoles, ruega por nosotros.

Amén

PLATICA TRIGESIMA PRIMERA.

Día veintinueve de Mayo.

MARIA, REINA DE LOS MARTIRES, POR SU FE Y POR LOS DOLORES QUE SUFRIO.

Texto. *Regina martyrum, ora pro nobis.* Reina de los mártires, ruega por nosotros.

Exordio. Cuentan, hermanos míos, que una madre que perdió á su hijo único, que era un jóven que prometía mucho, estaba inconsolable. Su dolor, semejante al de Raquel cuando lloraba á sus hijos, no tenía límites. En vano procuraba su confesor derramar en su alma el bálsamo de la santa religión. "Es verdad, pobre madre, le decía, que es grande vuestra amargura; pero tened fe y miráos en el espejo de los santos. El patriarca Abraham no tenía más que un hijo á quen amaba entrañablemente, que debía ser el

heredero de las promesas que Dios le había hecho. De repente recibió la órden de inmolarle con su propia mano, y sin titubear un momento se puso en camino con Isaac cargado de leña que se necesitaba para consumar el sacrificio, y el cuchillo que debía degollar á la víctima. Imitad la fe y sumisión de Abraham!—¡Ay! contestó la madre, Dios impuso este mandato á un padre, pero no á una madre. Al decir esto, explicaba que Dios ha puesto en el corazón de las madres harto amor para exigirles un sacrificio semejante.

Proposición y división. Engañábase esa mujer, hermanos míos, porque ese sacrificio se lo impuso Dios á la Madre más tierna, á la más amante, á la que conocemos como *Madre de los mártires*. Os explicaré que María fué la Madre de los mártires en primer lugar por su fe y en segundo lugar por los dolores que sufrió.

PARTE PRIMERA.

¿Qué significa la palabra mártir? Significa testigo, y este nombre glorioso se dá especialmente á los santos que han derramado su sangre para afirmar la verdad de nuestras creencias santas.

La virtud que desarrollaba entre los mártires, era una fe inquebrantable. Reniega de Cristo, les decían, y se negaban á obedecer. Para vencerles se apelaba á las promesas y á las amenazas, y se hacía ostentación de los instrumentos con que debían martirizarles. "Hiere, verdugo, decía el mártir á su perseguidor. Creo en Jesucristo, en su divinidad y en sus promesas, y na-

die arrancará de mi corazón esta fe." Los perseguidores inventaban instrumentos inauditos, cuya sola idea nos causa horror. Pero el mártir sonreía en el tormento y daba generosamente su vida, y como san Esteban veía el cielo abierto y á Jesucristo preparado para recibirle. ¡Oh mártires de todos los tiempos, de todos los sexos y de todas las clases! grande y viva fué vuestra fe, puesto que dísteis la vida por conservarla.

¡Cuánto más grande y viva fué sin embargo la fe de María! Dios se complugo en ponerla á prueba. Al ver ¡oh María! nacer á tu hijo en tan humilde condición, al contemplarle trabajando en su juventud al lado de José, no desfalleció tu fe. A pesar de todo eso, creías que era Dios. Pero le viste clavado en una cruz, exhalando el último suspiro entre los ladrones, ¿no flaqueó tu fe al verle tan cruelmente destrozado? No dudaste ni un momento, ¡oh Vírgen pura, á pesar de ser tan amargos aquellos momentos.

PARTE SEGUNDA.

Así como es la Reina de lo mártires por su fe, lo es también por los dolores que sufrió. Crueles debieron ser forzosamente los tormentos que sufrieron los santos mártires, pero según nos enseña la Iglesia fueron mucho mayores los sufridos por la Vírgen. Los que en el cuerpo padecieron los mártires son incomparablemente menores que los de la Madre de Jesús, que fué atravesada por las más agudas espadas. ¿Quién lo pondrá en duda? Cuando estaba Nuestro Señor clavado en la cruz, su Madre estaba á su lado triste, desolada y derramando un mar de lágrimas porque sen-

tía atravesado su corazón por el dolor. *Stabat Mater dolorosa.* ¡Qué cuadro tan desgarrador y cuántos motivos nos dan estas palabras para que meditemos seriamente sobre ellas!

La Madre de Jesús, la mujer incomparable, la Vírgen purísima é inmaculada, la que crió al Salvador con tanto cuidado y ternura, estaba á sus piés cuando él agonizaba. Todo lo oía y lo veía todo; no se le ocultó ningún pormenor de la cruel pasión de su Hijo; contaba los latidos de su corazón y veía llegar la muerte. ¡Y qué muerte! ¡Cuán grande, cuán inmensa debió ser la tristeza que inundaba tu alma! ¿Qué corazón, por duro que fuese, podría contemplar sin conmoverse á la Madre de Jesús en tan crueles momentos? Su tristeza y su dolor la tenían clavada en la cruz de que pendía su Hijo.

Algunos devotos habréis sufrido indudablemente golpes terribles, pérdidas irreparables, dolores inmensos como los que produce la muerte. Pero habéis llorado acompañados de vuestros deudos y amigos que llevaron á la tumba al ser idolatrado que habíais perdido; pero considerad á María que pierde al mejor de los Hijos, á un Hijo que todo lo era para su Madre, que no tiene á su lado á san José para consolarla, y se encuentra sin él, que era su sosten y su amor. No necesito deciros que ni los ángeles ni los serafines aman tanto en el cielo como amó María en la tierra. Y sin embargo, vió á su Hijo padecer sin poderle consolar; le vió clavado por cuatro clavos en un patíbulo afrentoso sin poder libertarle; le vió morir sin poder estrecharle las manos ni sostenerle la cabeza para darle el último beso. Bebió hasta las heces el cáliz de la amargura. ¡Oh vosotros, los que os

afligis por los males de los demás; ¿permaneceréis insensibles ante el sensible dolor de una Madre tan afligida? ¡Oh María! fuente de amor, haznos comprender la grandeza de tus dolores, y concedernos que participemos de tus dolores y lloremos contigo.

Conclusión Habréis comprendido ya, hermanos míos, que si los santos y las santas que honramos como mártires brillaron por su fe, justamente saludamos á la Santísima Vírgen como á su *Reina*, porque su fe es incomparablemente más grande que la de todos los mártires juntos. Si llamamos mártires á los que por su fe sufrieron los más grandes dolores, permaneciendo siempre fieles á Dios, María es su *Reina*, porque el martirio de la Vírgen fué infinitamente más largo que el de los mártires. Comenzó en Belen y terminó en el Calvario. Sus sufrimientos fueron también más grandes. La sangre que corrió el día de la Circuncisión, así como la que escurrió por la cruz, fué sangre de su corazón. ¡Oh Jesús, Rey de los mártires, cuánto te amaba María al tomar parte en todos tus padecimientos!...Ojalá sepamos comprender que nuestros pecados son los que han causado todos tus dolores para que nos arrepintamos sinceramente. Consíguenos esta gracia, *Reina* de los mártires. *Regina martyrum, ora pro nobis.* Reina de los mártires, ruega por nosotros.

Amén.